



CONCEPTOS

Y FENÓMENOS

FUNDAMENTALES

DE NUESTRO

TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

**CAMBIO CLIMÁTICO: UN
CONSENSO CON GRIETAS**

PIERRE LENORMAND

NOVIEMBRE 2019

CAMBIO CLIMÁTICO: UN CONSENSO CON GRIETAS

Por Pierre Lenormand

Desde su creación en 1988, el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático (GIEC, por sus siglas en inglés IPCC) ha defendido un diagnóstico que atribuye el calentamiento global de un grado observado desde 1880 a los factores «humanos» que son las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) procedentes de energías fósiles, que podrían aumentar en varios grados la temperatura media mundial hasta 2100. Desde entonces los sucesivos informes del GIEC vienen multiplicando las alertas y alimentando las inquietudes. Sin embargo, también desde un principio, su alarmismo y rechazo persistente de examinar posibles factores naturales de este calentamiento suscitan diversas oposiciones a sus tesis, a la vez que grandes controversias han saltado a la plaza pública.

Esbozada desde 1992 con la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC), fue en 2015 cuando se decidió verdaderamente una *política climática mundial* (PCM) en la Conferencia sobre Cambio Climático de París (COP 21). Allí una unanimidad de fachada saludó el objetivo de limitar a 2 grados el calentamiento hasta el final del siglo actual, a través de la adopción de medidas no obligatorias de *adaptación* y sobre todo de *atenuación*, traducidas en una reducción voluntaria de las emisiones de GEI y el desarrollo de energías renovables susceptibles de tomar el relevo de los combustibles fósiles. Costes financieros y medioambientales, intermitencia de las energías renovables e hipótesis de reducción de las necesidades energéticas fueron denunciados por numerosos críticos de esta PCM y del «consenso científico» en el que se apoya.

No obstante, sostenidas por unas campañas mediáticas sin precedentes y reforzadas por el «acuerdo de París», las tesis del GIEC disfrutaban de una validación casi universal que las catapultan como una modalidad de pensamiento único, auténtico dogma climático que relega en bloque a los científicos disidentes al infierno del «escepticismo climático». Se multiplican los anuncios de catástrofes varias para finales de este siglo -canículas repetitivas, derretimiento acelerado de glaciares, desplazamientos masivos de poblaciones- «si no se hace nada». Temores y angustias suscitados por estas predicciones se amplifican con la promoción planetaria por parte de *colapsólogos* y otros teóricos de un hundimiento global al que solo faltaría poner fecha.

Sin embargo, lejos de los objetivos iniciales, las emisiones de GEI continúan creciendo globalmente, dando lugar a predicciones cada vez más inquietantes y a objetivos cada vez más drásticos, como la «neutralidad de carbono» (o «huella de carbono cero») en 2050 o incluso en 2030. Frente a unos gobiernos que aparecen como incapaces de tomar decisiones necesarias, muchos países –especialmente entre los desarrollados– conocen grandes «luchas por el clima» que denuncian «la inacción de los estados». Al llamado de diversas asociaciones y ONG enmarcadas en el movimiento ecologista, la juventud escolarizada se ha movilizadado en reiteradas ocasiones. A la vez que hacían suyas las consignas inspiradas por el catecismo climático ambiente, estas luchas han dado pie a nuevos argumentos y exigencias.

Los motivos de desconfianza y las razones de un fracaso anunciado

Tras la alegada «inacción de los estados» existen auténticas razones que hacen que las emisiones de gases de efecto invernadero, consideradas responsables del calentamiento actual y el que se anuncia, continúen creciendo.

En primer lugar, hay una **ineficacia previsible** ligada al corsé económico neoliberal en el que está encerrada la PCM. En todo momento la reducción preconizada de las emisiones de GEI descansa exclusivamente en los mecanismos del mercado y la fiscalidad: señal-precio, fijación de precios y habilitación de un mercado del carbono, ecotasas. Bajo la aproximación ingenua del eslogan «*¡cambiamos el sistema, no el clima!*», cada vez más militantes cuestionan claramente el capitalismo, el saqueo de los recursos y la depredación del medio vivo alimentados por la carrera sin fin del beneficio y la acumulación. Al concepto a-histórico de «antropoceno» que atribuye a «los hombres» en general el «desajuste» climático, observadores críticos oponen el de «capitaloceno», más explicativo. A este respecto se registran evoluciones notables y se apuntan convergencias posibles.

Además de ineficaz, la PCM adolece de **aspectos deletéreos**, puestos de manifiesto en las movilizaciones «por el clima».

En efecto, el enfoque mundialista de la PCM esconde *ataques a los derechos de los pueblos*: el episodio del Parque Yasuní mostró a las claras la duplicidad de los poderosos que instaban a los ecuatorianos a «dejar el petróleo bajo tierra», despreciando su derecho al desarrollo. En nombre de la defensa de la selva amazónica se perfilan proyectos de intervención: un derecho de injerencia «climática» prolonga el siniestro derecho de injerencia «humanitaria». Y cuando nuestros amigos latinoamericanos se

niegan a cargar con la responsabilidad de la pérdida de glaciares andinos, imputan sin tapujos al *agrobusiness* los incendios en la selva amazónica y esgrimen la reivindicación de «*justicia climática!*», hacen gala de un anti-imperialismo que compartimos plenamente.

En el *plano político*, la revuelta de los «chalecos amarillos» mostró a la mayor parte de los jóvenes manifestantes franceses que la prioridad que los poderes dan a los impuestos indirectos es sufrida sobre todo por los más pobres: tal es la preocupación de muchos de ellos expresada en la consigna «*justicia social!*». En el seno de las clases populares y, en general, entre el público avisado, la prioridad que dan gobiernos de todas las tendencias a la cuestión climática se entiende a menudo como una operación de *diversión* y de *división* contras las luchas sociales. Cuando la palabra de expertos «sin suelo» pasa por delante de las opciones de los ciudadanos, cuando los más fervorosos defensores del clima preconizan la imposición autoritaria de medidas impopulares, está claro que la democracia peligra.

Por último, desde un *plano ideológico*, la PCM y sus promotores hacen votos, en nombre de un «decrecimiento necesario», por una sociedad post-industrial o incluso anti-industrial, acorde con una visión profundamente malthusiana muy extendida entre la mayoría de los partidarios de la ecología política, asimismo compartida por una gran parte de los movimientos de defensa de la naturaleza. Unos y otros llegan a combatir la idea misma de progreso como una noción superada y hasta funesta. Las resistencias frente a estas campañas no dejan de ser bastante débiles: a las críticas de la derecha liberal los sectores más resueltos del movimiento obrero oponen con razón y claridad la denuncia de una ideología retrógrada y antipopular.

Con todo, las «luchas por el clima» no han conseguido alcanzar el carácter masivo y duradero deseado por sus impulsores: desencanto, rechazo de una presión mediática agobiante y sentimiento de haber sido manipulados han producido un reflujó del movimiento, últimamente relevado por operaciones relámpago organizadas por movimientos llamados de «desobediencia civil», como el muy mediático movimiento XR (*Extinction Rebellion*). Convergen en el mismo combate que une estrechamente a los científicos del GIEC, las asociaciones y ONG «pro-clima» y – al menos de palabra – la mayor parte de los gobiernos, en torno a la urgencia climática y a la reducción prioritaria de los GEI. Pero frente a esta verdad establecida subsisten las dudas entre la población a propósito de la eficacia de unas medidas cada vez más severas de reducción de estas emisiones y contención del «desajuste climático»: ¿qué efectos cabe esperar de

ellas? ¿Reales o ilusorios, mínimos o decisivos, inquietantes o prometedores? En nombre del «consenso» establecido, el debate que permitiría levantar –o por lo menos aplacar– estas reticencias está hoy día prácticamente vedado. De ahí que seamos cada vez más numerosos (militantes políticos, sindicalistas, defensores del medioambiente y científicos de diversas disciplinas) quienes llamemos a reabrir un debate racional sobre las causas y el alcance del calentamiento climático actual y por venir, incluyendo un nuevo examen del diagnóstico del GIEC y del «consenso científico» que lo rodea.

Por la plena recuperación del debate científico en materia de clima

Las propias luchas recientes han empezado a levantar una de las hipotecas para la reapertura necesaria del debate. Mientras que el informe Brundtland (*Nuestro futuro común*, 1987) ponía de manifiesto las diversas vertientes de la actual crisis medioambiental, en las tres décadas siguientes se ha producido una suerte de secuestro progresivo de las cuestiones medioambientales por el cambio climático. Contrariamente a esta tendencia, las manifestaciones recientes han retomado el lema «*salvar el planeta*»: detrás de esta pretensión ingenua puede verse también la voluntad implícita de **salir del supremacismo climático** y abarcar el conjunto de los problemas medioambientales: enrarecimiento de recursos minerales (combustibles fósiles, fosfatos y potasa, metales y tierras raras), daños a la biosfera (selvas, océanos, tierras agrícolas), proliferación de contaminaciones y residuos, así como todos los obstáculos y amenazas que el capitalismo hace pesar sobre el futuro de la humanidad. Hay evoluciones en marcha: el último informe del GIEC, decididamente omnisciente, ha extendido sus competencias a la agronomía. En mayo de 2019, el primer informe del IPBES (siglas en inglés de la «Plataforma Intergubernamental de Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos») estimaba en un millón las especies amenazadas de extinción, devolviendo así al primer plano una cuestión relegada tras la urgencia climática. Este ensanchamiento de la problemática posibilita inmediatamente aislar y denunciar a aquellos que, ya sea por razones religiosas, económicas o políticas, niegan la realidad del calentamiento climático y/o que, como Donald Trump – y muchos otros –, se hunden en la negación de la crisis medioambiental contemporánea.

Pero el corazón del debate radica en el diagnóstico establecido y regularmente confirmado por el GIEC. No cabe subestimar las dificultades: la constante invocación del carácter científico de sus análisis y el objetivo una y otra vez martilleado de reducir los GEI vela el horizonte y pesa en muchos observadores críticos, incluidos algunos de

los más lúcidos y resueltos, que rechazan cuestionar la *doxa* climática oficial. Es este un verdadero tabú que se deberá superar, ya que la muy joven ciencia climatológica necesita aún de debates para progresar. En este sentido, el «consenso científico» establecido puede parecer tanto más prematuro cuanto que existe un sólido cuerpo de objeciones.

1. La primera objeción resulta de la hoja de ruta seguida por el GIEC desde su creación: establecer las responsabilidades humanas en el calentamiento climático. No tiene nada de sorprendente que se haya consagrado a ello. Pero a los científicos y al público en general, «avisado» o no, que reclaman que se tengan en cuenta todos los factores determinantes de las realidades climáticas – incluidos los naturales–, los científicos del GIEC oponen su análisis acorde con la escuela climatológica del sueco Arrhenius que desde hace más de un siglo vincula calentamiento y efecto invernadero. Sin embargo, también desde más de un siglo atrás, existe otra gran escuela climatológica, heredada del serbio Milankovitch, que atribuye las variaciones de temperatura a factores naturales de origen fundamentalmente astronómico. Los investigadores adscritos a esta escuela demandan que sus trabajos sean tenidos en cuenta en el análisis del calentamiento actual, mientras que la tesis dominante les cierra la puerta. No obstante, muchos climatólogos – estén o no «alineados»– aspiran a que la discusión se reabra. Apuntando una vía de síntesis, avanza la idea de que el calentamiento observado pueda ser de origen natural y que las emisiones de GEI lo hayan acelerado. Tal vez la vuelta a un debate sereno, argumento contra argumento, sin a priori y evitando cuanto sea posible interferencias políticas o ideológicas, permitiría que viéramos a una y otra escuela salir de un antagonismo estéril y hacerse complementarias. Cualesquiera que sean las conclusiones de este debate, tenemos derecho a pensar que la ciencia climática saldría ganando.

2. Una segunda hipoteca reside en el enfoque globalizante de un clima mundial que no existe como tal, pero que prevalece sobre el análisis de los climas reales. Estos varían de un continente, zona, región o punto del globo a otro. La medición de una temperatura media mundial no es ilegítima. Permite apreciar la importancia de un calentamiento efectivamente global, pero no dice nada o nos dice muy poco de los mecanismos complejos que presiden «*la sucesión habitual de estados de la atmósfera sobre un determinado lugar*», cuyo estudio está en el centro de la noción misma de clima. Las temperaturas tomadas sobre el mar y sobre la tierra se apartan a veces mucho, por encima o por debajo, de ese promedio. Otro tanto ocurre con los datos,

variables de un hemisferio a otro, sobre la extensión de hielos marinos o de glaciares terrestres. La elevación media del nivel de los mares, estimada mediante cálculo, no se traduce de idéntica manera en todas partes. Además, las mediciones de los mareómetros dependen de otros factores, como los fenómenos de subsidencia o los movimientos relativos de las placas tectónicas. Así pues, lo que habría que abordar es una completa revisión de los climas reales en su diversidad: pero no partimos de cero.

3. La tercera incertidumbre, reconocida por sus propios promotores, radica en los métodos de modelización muy avanzados -pero a veces reductores- habilitados para el estudio de la evolución climática pasada y futura. La desviación entre las «predicciones» de los primeros modelos climatológicos y las temperaturas observadas desde entonces han dado pie a fuertes críticas. Está claro que se han hecho progresos para mejorarlas, pero sigue habiendo controversia sobre dos puntos en particular:

El primero es que no se hayan tenido en cuenta los ciclos aparentes (visibles en las propias curvas del GIEC) en el alza de la temperatura media mundial desde hace un siglo y medio, incluido el «hiato» que es la pausa observada de 1998 a 2012. Su existencia implica la intervención de factores distintos del mero crecimiento del tenor de la atmósfera en gases de efecto invernadero, que han pasado de 0,3 a 0,4 por 1.000 entre 1880 y 2015: lo que, según estas críticas, apunta a factores naturales que no se han considerado y que permanecen mal conocidos o comprendidos.

Como consecuencia de lo anterior, las predicciones hechas a partir de modelizaciones basadas únicamente en el tenor en GEI y en sus efectos retroactivos pierden consistencia, cualquiera que sea el escenario que presenten. Conociendo la incertidumbre que comportan previsiones meteorológicas a ocho días vista, a la vez que nos hace falta una perspectiva de unos treinta años para definir correctamente un clima, los críticos pueden mostrarse escépticos ante anuncios de aumentos de varios grados de la temperatura media mundial de aquí a finales de siglo, y denunciar el alarmismo de las imágenes de caldera o sartén que nos repiten hasta la saciedad los medios de comunicación.

En todo caso, la modestia es un imperativo para todos: la proliferación inaudita de datos y la complejidad y sofisticación de los métodos de la climatología contemporánea escapan a los simples mortales. Es obligado recurrir a especialistas cualificados. A cambio, corresponde a estos hacer inteligible para el mayor número posible de personas lo esencial de sus trabajos y conclusiones.

- : - : - : - : - : - : -

Una carta abierta a iniciativa de 13 científicos de otros tantos países y a la que se han adherido más de 700 científicos de todo el mundo fue enviada en septiembre de 2019 al Secretario General de la ONU. Hace un llamamiento a favor de una ciencia climática «menos política» y unas políticas climáticas «más científicas» y afirma que «no hay urgencia climática». Dejando de lado verdades prefabricadas y emociones interesadas, ¿seremos capaces de aprovechar la oportunidad para relanzar, sin adelantar las conclusiones, un debate capaz de iluminar las decisiones que, en cualquier caso, desde el respeto así de los ecosistemas como de las sociedades humanas, se deberán tomar? Cómo, saliendo de la explotación y la acumulación capitalistas, definir y aplicar nuevas políticas en materia de agricultura y de industria, de vivienda, de transporte, de educación y de salud, en correspondencia con las necesidades sociales democráticamente establecidas.

28 de noviembre de 2019